



## ORREGO PROFETA-CONTINENTE

*Luis Alva Castro*

*Ex presidente del Congreso de la República del Perú.*

Largos años de cárceles infames y toda una vida de combate no borraron en Orrego jamás al pensador ni al profeta. Su pensamiento filosófico es una gran preocupación por el hombre como ser concreto, sumergido en una sociedad cuyos horizontes no conoce. Su apuesta es por la libertad y la felicidad como formas de vida que son posibles y capaces de ser conquistadas.

Tal es lo que sostiene en “El monólogo eterno” y los múltiples textos que escribe en la prisión o publica en “La Tribuna” al tiempo que continúa en la lucha política por sus ideales.

Orrego le dio a la filosofía una dimensión histórica y la seguridad de que la misma puede y debe ser aplicada en el plano político y social. Su respuesta al problema del hombre de hoy ofrece una visión que va más allá de la que plantean las culturas occidentales. Quiere liberar al hombre por medio de una transformación de su propia individualidad que involucre simultáneamente a la sociedad entera.

El hombre, según Aristóteles, tiene una esencia constitutiva racional. Los monólogos de nuestro pensador sostienen que, además, el hombre natural se inclina por lo bueno y lo bello y pretende alcanzar la trascendencia sin tener que vender su libertad para adquirirla.

El hombre, para el autor del “Monólogo eterno”, desea por todos los medios salir de la infelicidad y la represión. Por eso es necesario que reencuentre su naturaleza perdida a lo largo de la historia y que desarrolle sus facultades superiores como la razón y el intelecto.

El pensamiento de nuestro primer filósofo supera las fronteras de lo que él llama Pueblo-Continente. La vida humana, para él, es un haz de contradicciones que se manifiestan de modo palpable en la convivencia cotidiana. Al parecer todos deseamos la paz, la felicidad, la armonía, la justicia y el bienestar general. Sin embargo, la vida humana de cada día está colmada de tensiones, conflictos, represiones y de injusticias.

Las diferencias son abismales, y la incoherencia de las ideas con la realidad es visible. Es clara la lucha por el poder y son evidentes la rivalidad, la agresividad y la violencia.

El hombre camina por un puente estrecho entre el deseo de conocerlo todo y la experiencia amenazante de la nada, la entera confianza en una utopía posible y el miedo a un futuro indescifrable.

Cree Orrego que la convivencia entre los seres humanos es posible y alcanzable, pero la libertad y la justicia social son sus condiciones.

## PUEBLO CONTINENTE

Creador y visionario fue, ante todo, Antenor Orrego. Como dice Luis Alberto Sánchez, se aprecia en su obra *un conjunto de larvas, de gérmenes, que no alcanzó a desarrollar porque la vida le impidió dar término a lo que, sin embargo, florecerá en sus discípulos*. Además, cultivó la belleza en la expresión de un pensamiento denso, cuajado de metáforas y de hipérbatos. De allí su afán —que podríamos llamar perfeccionista—, de someter continuamente a revisión sus escritos para alcanzar forma final hasta el punto que sus dos libros fundamentales resultan verdaderas joyas vitales, con médula palpitante en el núcleo e incandescencia en las aristas.

Desde el primer instante alumbró en Orrego, como preocupación fundamental, la ansiedad de encontrar la autenticidad de la cultura americana como respuesta dialéctica a la influencia dominante de la cultura occidental europea.

Esa respuesta se plasma en su concepción del “pueblo-continente”, fruto de sus meditaciones sobre el destino de América. Dice que aquí se está forjando una nueva cultura, con características especiales, distintas a la de otras culturas. Surge ella como síntesis y fusión de los aportes culturales nativos, correspondientes a las organizaciones sociales precolombinas, que se funden con los que trajeron los españoles como producto de la cultura occidental. A estos aportes se añaden los que corresponden a los pueblos y razas que se establecieron después en el continente americano, dando lugar a un “tetragrama racial” o crisol de razas que constituye “el primer pueblo-continente de la historia”.

El desarrollo histórico de la cultura occidental, según Orrego, comprende tres etapas definidas: a) el localismo, que se inicia con el Estado-ciudad grecolatino y se proyecta en la Edad Media, cuando los pueblos se desenvuelven en los estrechos marcos de la comarca o el feudo; b) el nacionalismo, que limita a los Estados modernos con una sobrecarga de prejuicios jingoístas; e) el continentalismo, hacia donde marchan los pueblos a través de un largo proceso que caracteriza al presente siglo.

Para fijar el destino trascendente de América,

bucea en el abismo de lo desconocido —rompiendo el prejuicio del non plus ultra—, arribando a la conclusión de que América es una nueva posibilidad humana y constituye la encrucijada histórica donde Oriente y Occidente se dan la mano para alumbrar un nuevo mundo superior.

La lectura de *Pueblo-continente* es indispensable para comprender en forma integral el pensamiento filosófico de Orrego. Su culminación se halla en *Hacia un humanismo americano*, que, a nuestro juicio, puede considerarse su obra mayor.

Precisamente en este libro —que el autor no alcanzó a publicar— están desarrollados sus aportes fundamentales al pensamiento universal. Es el caso de la explicación que da a uno de los problemas más fascinantes para la comprensión del proceso cultural que está desenvolviéndose en el continente americano. Se trata de la concepción de los “gérmenes históricos” (así los denominó Orrego anticipándose a Toynbee) procedentes de las antiguas culturas, mexicano-andinas, que están incorporándose a la cultura continental, pese a la creencia hasta ahora generalizada de que la cultura europea invasora se impuso definitivamente desde la conquista española.

Es aún más importante señalar que Orrego asigna una misión universal al pueblo de la Nueva América. A medida que transcurre el tiempo se percibe con mayor claridad este designio, siempre que se proyecte la atención sobre realidades fundamentales.

En nuestro continente, a través del mestizaje, se está consumando la “unidad fisiológica del género humano” y se ha constituido ya un solo pueblo forjado bajo la “tensión polar” de México y Buenos Aires.

“La compulsión dialéctica de la historia —dice Orrego— empuja al mundo a juntarse política y económicamente en grandes bloques territoriales, porque las fuerzas históricas actuales rebasan los estrechos marcos de los antiguos Estados nacionalistas”.

De donde se desprende, como conclusión final, que América Latina debe integrarse política, jurídica y económicamente en un Estado-continente, que es la gran tarea de las actuales generaciones.

## UNA FILOSOFÍA DE LA POLÍTICA

Lo que extremo del pensamiento político de Orrego es que la democracia no es un simple asunto estadístico en el que la mayor parte de los ciudadanos cumple exteriormente los deberes políticos que les son impuestos o reconocidos por la ley.

Para que exista una democracia real tiene que producirse una auténtica conversión del hombre privado en hombre público. Cada ciudadano debe anteponer el interés de la sociedad al interés particular. Es más: debe vivir, obrar y pensar en mérito del proyecto colectivo de felicidad social.

Sin embargo, ¿cómo lograr la generalización y la democratización de la vida política? Tal vez, Orrego no puede plantearse ese problema porque vivió en una situación de permanente zozobra y de pelea frente a las dictaduras. En situaciones como la suya y como las que vivió el Perú durante tantas décadas, los

temas políticos pasan, por sí mismos, al primer plano de la preocupación humana. El ambiente se encuentra tan cargado de emoción política que toda la gente se siente arrastrada a la acción y a la movilización.

La democracia, para él, no es un bien transmisible por donación gratuita. Es una meta que se conquista día a día tanto con la actitud generosa y valiente del rebelde como, después, con la participación activa del pueblo en el gobierno.

Democracia es elección y no simplemente elecciones. Vale decir que democracia es la posibilidad cotidiana de escoger una política de gobierno y no los periódicos comicios en los cuales el dinero, el poder y los medios de comunicación intentan someter y robotizar a los electores.

La democracia no es un estatus sino el resultado de una cotidiana conquista y reconquista. Es, como decía Kant de la moral en general, una tarea infinita



Presentación de la nueva edición de *Obras Completas de Antenor Orrego* (cinco tomos), edición 2011, antes de la clausura del *Simpósio Antenor Orrego, vigencia y trascendencia, por la ruta de la identidad*, el 29 de octubre. Luis Alva Castro, editor Casa Editorial Pachacutec SAC, hace entrega de una colección al Dr. Víctor Raúl Lozano Ibáñez, Rector de la universidad.

en la que si no se progresa, se retrocede, pues incluso lo ya ganado ha de reconquistarse cada día.

El único camino en esas condiciones es la rebeldía permanente. En el caso de los peruanos, es el recuerdo cotidiano de mártires como los de Chan Chan y de los ciudadanos que todo lo tuvieron y que todo lo perdieron en su apuesta por la libertad y la democracia.

Más que un político, Orrego fue un revolucionario. Esa es la herencia que nos ha dejado a través de su vida generosa y de sus sueños plasmados en las obras completas que hoy presentamos.

## ORREGO Y VALLEJO

El día que –en el Perú– apareció la noticia de la muerte de César Vallejo, su amigo –y compañero de grupo literario– José Eulogio Garrido escribió en el periódico de Trujillo, “La Industria”, una nota que decía:

“Vallejo fue poeta de amplia curva eterna. Nació en Santiago de Chuco provincia de este departamento. Y su nombre ya no es sólo de ese terruño ni de la comarca sino del continente y del habla española pese a quienes pensaran y dijeran todo lo contrario hace unos lustros aquí y en otras partes”.

La nota de Garrido se publicó el sábado 16 de abril. Dos semanas más tarde, el primero de mayo, en “El Comercio” de Lima, Toto Mould Távara, miembro diplomático de la embajada peruana en París, escribía:

“César Vallejo tenía un alma angustiada, hermana de la de Beethoven. Vallejo, como todos los espíritus que se asomaron a la profundidad del corazón humano, era un hombre bueno. En la educación del poeta, el cristianismo dejó una huella indeleble. Su inquietud posterior no borró este germen. César Vallejo ha sido uno de los más grandes poetas cristianos de la época y de la América española”.

Por su parte, en el cementerio parisino de Montrouge, mientras sepultaban al autor de “Trilce”, el poeta francés Louis Aragón leyó un texto en el que señalaba que Vallejo no sólo fue un poeta sino un combatiente por el socialismo. El documento terminaba con la frase “la leyenda comienza”.

En nuestros días, podemos advertir que estas tres saluciones al poeta contenían un fondo profético. Es cierto. La leyenda ha continuado y la palabra de Vallejo se ha apoderado del mundo. Se ha cumplido en él lo que su amigo Antenor Orrego anunciaba en el prólogo de “Trilce”, y lo que los detractores de uno y otro consideraran exagerado, chabacano y provinciano.

Se ha cumplido también lo que José Carlos Mariátegui augurara inmediatamente después de leer “Trilce” y de coincidir con las palabras del prologuista Antenor Orrego. Vallejo es hoy, sin duda alguna, como él lo proclamara, el gran poeta de la lengua castellana, el gran poeta de América española y por fin el gran poeta cuya obra anunciará siempre un mundo diferente.

Clemente Palma, el crítico literario más importante de la Lima de ese tiempo se equivocó. No comprendió la poética de Vallejo y la desautorizó, pero no tan sólo hizo eso sino que quiso ridiculizar al poeta. En una nota que pretendía ser humorística, lo condenó a tenderse sobre las rieles del ferrocarril a Malabrigo y a llevar sus poemas con él bajo el brazo. Lamentablemente para el crítico limeño, sus palabras abusivas con el joven poeta, y además hirientes y erradas son lo único de él que ha pasado a la inmortalidad.

De todas formas, la imagen de Vallejo es todavía en nuestro tiempo víctima de interpretaciones negativas. Hay muchos que lo califican como un poeta triste, depresivo, apagado y portavoz de una forma destructiva de ver la vida. Quienes le rendimos homenaje, honramos a un Vallejo diferente. Creemos que el gran autor de *Trilce* y *Los Heraldos Negros* es la voz de un mundo en trance de cambio, el producto de una nacionalidad en gesta, la voz penetrante de un pueblo que clama por la justicia y el mejor símbolo del amor, la solidaridad, la esperanza, el optimismo y la fe en el cambio social.

En estos tiempos de globalización, hay quienes pretenden esconder la imagen del gran poeta revolucionario. Aunque no lo dicen, preferirían que estos homenajes no se realizaran y que las reimpressiones del gran poeta social cesaran. Quienes prefieren aquello señalan que la literatura no tiene ningun-

na relación con la sociedad, no es una expresión del alma de su pueblo y preferirían que la misma fuera solamente un ejercicio de bufones. Señalan además, sin atreverse a decirlo, que la obra de Vallejo ya no está de moda por su supuesto pesimismo, aunque en realidad lo aborrecen por haberse atrevido a decir lo que, según ellos, ya no debe decirse.

Estamos acudiendo pues a un relanzamiento de la obra de César Vallejo, un poeta que pese a quien le pesare no desapareció jamás porque no desaparecieron nunca las causas que generaron su poesía, ni la tremenda pasión con que escribió sus obras.

Este Vallejo, poeta eterno, al que hoy y siempre rendimos homenaje no es un producto de la nada. Proviene de una eclosión ideológica e histórica que tuvo como escenario principal una ciudad peruana. En los años veinte, en Trujillo, se reunió un grupo tan asombroso como nunca en el Perú y pocas veces en el resto del mundo se podía haber congregado en una sola ciudad. Carlos Valderrama, Alcides Spelucín, Francisco Xandóval, Macedonio de la Torre, Antenor Orrego y Víctor Raúl Haya de la Torre, eran un grupo de mozos que apenas pasaban de los veinte años, pero que ya estaban seguros de su futura trascendencia y soñaban con innovar los moldes estéticos, darle un contenido más autóctono a la música y a la poesía y morir buscando la verdad y la justicia.

Las novelas del más joven, *Ciro Alegría*, el sucesor de todos ellos, revelarían en todas las lenguas las miserias y la grandeza de la condición indígena. “La pampa y la puna” de Carlos Valderrama encontraría ritmos escondidos y se convertiría en una apasionada nostalgia de los Andes. La acción revolucionara de Víctor Raúl Haya de la Torre movilizaría todo un continente en busca de su destino. En esas circunstancias la obra de César Vallejo intentaría acercar la lírica a lo más puro y concreto de la condición humana. Por ello, y en consecuencia con lo que esa generación prometía, y buscaba, la obra de Vallejo rompió moldes e inauguró nuevos caminos hacia el futuro.

Los poemas de Vallejo llaman y continuarán llamando a la solidaridad de los hombres, que es la única forma decente de habitar en este planeta. Por ello nunca perderán vigencia los versos finales de “Masa”:

“Entonces, todos los hombres de la tierra  
le rodearon; les vio el cadáver triste, emocionado;  
incorpórase lentamente,  
abrazó al primer hombre; echóse a andar...”.

Por su parte, los textos del “Monólogo eterno” de Orrego no dejarán de ser lo que siempre fueron: una profecía levantada y sublevante para los hombres de hoy y para los que vengan.

El inspirador y orientador de todos estos jóvenes integrantes del grupo de Trujillo, más tarde Grupo Norte, o como lo denominó Parra del Riego, Bohemia de Trujillo, fue el creador y visionario Antenor Orrego.

Fue Orrego quien descubrió a Vallejo y lo catapultó con su célebre prólogo a la primera edición de *Trilce*, ambos nacidos en 1892, almas gemelas en el arte y en el espíritu.

Su vida fue entregada al conocimiento y a la lucha por la realización de la justicia social, como pocos amo con pasión y vehemencia la sabiduría y por ella en nada tuvo la riqueza y al oropel, anduvo por estas tierras deslumbrado por la claridad sin ocaso que nace de él, de ahí tal vez su impresionante acierto y lucidez hasta las últimas horas.

El olor y el recuerdo de esta tierra no lo dejó nunca.

Como todos fue formado de la tierra y moldeado en su sangre, tuvo una vida inquieta y una voluntad de saber.

En su inmensa y profunda obra, su pensamiento está plasmado en estos libros que hoy presentamos en cinco volúmenes, en que se revela el secreto del origen, el destino y el misterio de nuestra América.

En el primer tomo están agrupados los libros publicados: tres en vida del autor (*Notas marginales*, *El monólogo eterno* y *Pueblo-continente*) y uno con posterioridad a su fallecimiento (*Estación primera*). Completan el volumen los artículos periodísticos que publicó en *La Reforma*, de Trujillo, de 1918 a 1920.

El segundo tomo incluye su obra fundamental (*Hacia un humanismo americano*), publicado, asimismo, después de su deceso; y los editoriales y artículos que escribió como director del diario *El Norte* de

Trujillo, de 1930 a 1932. Y su obra póstuma, *Discriminaciones*.

La obra literaria de Orrego está recogida en el tercer tomo (*Mi encuentro con César Vallejo*), libro que tuvimos la satisfacción de editar en 1989 y que ha sido enriquecido con la inclusión de documentos y artículos que no fueron considerados en esa primera edición. Completan el volumen los artículos periodísticos, de carácter político y polémico, que el autor publicó, en Lima, en los diarios *La Tribuna*, *Antorcha* e *Impacto* y que abarcan de 1930 a 1956.

El cuarto tomo está dedicado exclusivamente a reproducir los artículos que el autor publicó también en el diario *La Tribuna* de Lima, a través de su célebre columna "Efigie del Tiempo", escritos de 1957 a 1960. Son trabajos caracterizados por la defensa que hace del régimen democrático, la justicia social y las libertades públicas. Asigna gran importancia al rol que corresponde a los partidos políticos con base doctrinaria y condena toda forma de autoritarismo o dictadura.

El quinto tomo recoge tres ensayos, cuyos originales fueron dejados en custodia a sus familiares, llevando la denominación genérica de *Meditaciones ontológicas*. Están compilados también ensayos y artículos que publicó eventualmente en prestigiosas revistas del Perú y el extranjero; además de una selección de prólogos a obras literarias y políticas; discursos del autor y entrevistas hechas a él por destacados periodistas en diferentes etapas de su vida. Finalmente, hemos considerado necesario insertar lo que se escribió sobre el pensamiento y la acción de Antenor Orrego, al momento de producirse su tránsito a la eternidad y en años posteriores; valioso material que fue publicado en una edición de homenaje hecha en Trujillo en octubre de 1976 (*Antenor Orrego: amauta y profeta indoamericano*). A lo que se han añadido algunos otros artículos incluidos en el *Anuario Bibliográfico Peruano*, que obra en la Biblioteca Nacional y que corresponde a una labor de investigación efectuada en 1964 por María Teresa Otero.

Es pertinente puntualizar, a manera de advertencia, que, en la recopilación de los artículos periodísticos, dispersos en diversas publicaciones, se ha seguido un riguroso orden cronológico. Se ha respetado, además, las decisiones del propio autor que efectuó una selección de ellos, en la mayoría de los casos, dejándolos expeditos para su publicación.

Con mucha satisfacción dejamos constancia de nuestro agradecimiento a la familia de Antenor Orrego, a sus hijos Antenor, Alicia y Liliana Orrego Spelucín, quienes proporcionaron la documentación inédita y la mayoría de las fotografías que ilustran la presente edición.

Mi gratitud al señor Rector de la Universidad Privada Antenor Orrego, Dr. Víctor Raúl Lozano Ibañez, a los vicerrectores Dr. Guillermo Guerra Cruz y Arq. Julio Luis Chang Lam, a la Dra. Bertha Malabrigo Reyes, y a todos los integrantes de esta Casa de Estudios que impulsaron la realización de este proyecto editorial.

Asimismo, nuestro reconocimiento a las personas que desinteresadamente proporcionaron valiosos documentos y fotografías, inhallables en las bibliotecas y hemerotecas del país.

Es de advertir que, como se ha repetido hasta el cansancio, las obras completas de un autor casi siempre resultan incompletas. Somos conscientes de que ello pueda repetirse en el presente caso, ya que, posiblemente, habrá otros escritos que por comprensibles razones no han podido ser incluidos en la presente edición. Estamos seguros, sin embargo, de haber dejado abierto un derrotero para los estudiosos e investigadores que, en el futuro, se ocuparán de este personaje fascinante y superior al que durante muchos años se ha mantenido relegado por injustos prejuicios de carácter político o mezquinos intereses propios de la envidia intelectual, a pesar de que la luz de su pensamiento, desde la década de 1920, ilumina el panorama cultural del Perú que, con legítimo orgullo, debe considerarlo uno de sus más ilustres representantes en el siglo XX.